

CAPITULO VI.

NOTICIAS SOBRE MONTEZUMA.—ESTADO DE SU IMPERIO.—EXTRAORDINARIOS PRONÓSTICOS.—EMBAJADA Y PRESENTES.—CAMPAMENTO ESPAÑOL.

1519.

Dejaré por ahora el campo español en la tierra caliente, y transportaré al lector á la distante capital de Méjico, donde causó no poca sensacion la llegada de los prodigiosos extranjeros. El trono azteca estaba ocupado entonces por Montezuma II, sobrino del último monarca, y nieto de uno de los que le precedieron. Habia sido electo para la dignidad real, en 1502, con preferencia á sus hermanos, por las relevantes cualidades que le adornaban como soldado y como sacerdote; combinacion de carreras que algunas veces se encontraba en los candidatos mejicanos, y era tan frecuente entre los egipcios. En la primavera de su juventud, habia tomado una parte activa en las guerras del imperio, pero á lo último se habia consagrado exclusivamente á los servicios del templo; y era escrupuloso en asistir á todo el molesto ceremonial del culto azteca. Observaba una conducta grave y reservada, hablando poco y con prudente deliberacion. Su porte era bien calculado para inspirar ideas de una elevada santidad (1).

Cuando se le comunicó su eleccion, se le encontró barriendo las escaleras del gran templo del dios de la guerra, protector de la nacion. Recibió á los mensajeros con la mas profunda humildad, confesando su incapacidad para desempeñar un puesto de tanta responsabilidad. El discurso que en tales casos se acostumbraba dirigir al nuevo monarca, fué entonces pronunciado por su pariente Nezahualpilli, el sabio rey de Tezcuco (2). Afortunadamente se ha conservado, y presenta una muestra notable de la elocuencia india. Hácia la conclusion exclama el orador, „¿Quién puede dudar de que el imperio azteca ha llegado al zenit de su grandeza, cuando el Todopoderoso ha colocado sobre su trono un rey cuya sola presencia llena de respeto á todo el que le mira? Regocijaos, pueblo venturoso, pues teneis ahora un soberano que será para vos una firme co-

(1) Su nombre convenia con su carácter, pues Montezuma, segun Las Casas, significa en mejicano, „hombre triste ó severo.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 70.—Acosta, lib. 7, cap. 20.—Col. d. Mendoza, pp. 13-16; Codex Tel.-Rem., p. 143, ap. Antiq. of Mexico, vol. VI.

(2) Una completa descripcion sobre este príncipe puede verse en el libro 1, capítulo 6 de esta obra.

lumna de apoyo, un padre en la desgracia, más que un hermano en su ternura y afeccion; un rey cuya alma grande desdeñará todos los fugaces placeres de los sentidos y los vanos goces de la pereza. Y tú, jóven ilustre, no dudeis que el Criador, que ha puesto sobre tus hombros tan pesada carga, te dará tambien fuerzas para sostenerla: que el que ha sido tan liberal en tiempos pasados, hará llover sobre tu cabeza aun mas abundantes bienes, y te conservará en tu regio asiento por muchos y gloriosos años.” ¡Ah! estos pronósticos dorados que hicieron deshacer en lágrimas al real oyente, no estaban destinados á realizarse (3).

Desplegó Montezuma al principio de su reinado toda la energia y espíritu de empresa que se habia esperado de él. Su primera expedicion contra una provincia inmediata y rebelde, fué coronada de la victoria, y volvió en triunfo con un gran número de prisioneros para los sangrientos sacrificios que habian de preceder á su coronacion. Fué ésta solemnizada con una pompa no comun; celebráronse juegos y ceremonias religiosas por varios dias, y entre los espectadores que vinieron en tropel de lugares distantes, se contaban algunos nobles tlascaltecas, enemigos hereditarios de Méjico. Venian disfrazados, esperando así no ser descubiertos; pero fueron reconocidos y delatados al monarca. Este solo se aprovechó de la noticia para honrarlos con un espléndido convite y un buen lugar donde presenciarian los juegos, acto magnánimo, considerando la hostilidad largo tiempo alimentada por las dos naciones.

En sus primeros años estuvo Montezuma constantemente ocupado en la guerra, y muchas veces mandó en persona sus ejércitos. La bandera azteca se vió ondear en las provincias mas distantes de las costas del Golfo de Méjico, y en las remotas regiones de Nicaragua y Honduras. Sus expediciones fueron por lo general venturosas, y los límites del imperio se extendieron mucho mas que en cualquiera otro de los reinados anteriores.

Al mismo tiempo no desatendia el monarca las necesidades interiores del reino. Hizo algunos importantes cambios en los tribunales de justicia, y sobrevigiló la ejecucion de las leyes, que hacia cumplir con austera severidad. Tenia la costumbre de recorrer disfrazado las calles de su capital para conocer por sí mismo los abusos que se cometian, y con una política mas cuestionable, se dice que algunas veces ponía á prueba la integridad de los jueces, ofreciéndoles grandes cohechos para hacerlos desviar de su deber, y si lo verificaban, llamaba al delincuente á una estrecha cuenta por no haber resistido la tentacion.

Recompensaba liberalmente á todos los que le servian; y manifestó una munificencia semejante en sus obras públicas, construyendo templos y embelleciendo los ya edificados, conduciendo la agua á la capital por un nuevo canal, y estableciendo un hospital ó asilo para los soldados inválidos en la ciudad de Colhuacan (4).

(3) El discurso fué íntegramente transcrito por Torquemada, (Monarqu. ind., lib. 6, cap. 68.) quien vino al país poco mas de medio siglo despues de su rendicion, y ha sido vuelto á publicar últimamente por Bustamante. Tezcuco en los últimos tiempos, (Méjico, 1826,) pp. 256-258.

(4) Acosta, lib. 7, cap. 22.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, Prólogo,

Estos actos tan dignos de un gran príncipe, fueron desvirtuados por otros de un carácter opuesto. La humildad manifestada tan visiblemente antes de su elevación, cedió el paso á una arrogancia intolerable. En sus palacios de recreo, en su servidumbre doméstica y en su modo de vivir, ostentaba una pompa desconocida á sus predecesores. Se alejó de la observación pública, y cuando se presentaba al pueblo, exigía el homenaje mas humillante, á la vez que en su palacio habia de ser servido solamente, aun en los oficios mas serviles, por personas de rango. Despidió á varios plebeyos, principalmente soldados pobres de mérito, de los puestos que habian ocupado cerca de la persona de su antecesor, considerando su servicio como deshonoroso á la dignidad real. En vano sus ancianos y sabios consejeros le representaban vivamente contra una conducta tan impolítica.

Al mismo tiempo que disgustaba á sus súbditos con este porte altanero, enagenaba su afecto por la imposición de gravosos impuestos. Eran demandados para el pródigo gasto de su corte, y recaían especialmente sobre las ciudades conquistadas. Esta opresión ocasionaba frecuentes resistencias é insurrecciones; tanto que los últimos años de su reinado presentan un cuadro de no interrumpidas hostilidades, en las cuales, una mitad del imperio se ocupaba en contener las conmociones de la otra. Desgraciadamente no habia aquel principio de amalgamación, por cuyo medio las nuevas adquisiciones podian incorporarse á la monarquía como partes de un todo. Sus intereses y simpatías eran diversas; y así cuanto mas se extendía el imperio azteca, mas se debilitaba, asemejándose á un vasto y mal proporcionado edificio, cuyos dislocados materiales, no teniendo principio de coherencia y vacilando bajo su propio peso, parecen prontos á caer al primer soplo de la tempestad.

En 1516 murió el monarca tezcucano Nezahualpilli, en quien Montezuma perdió su mas sabio consejero, y la sucesión á la corona fué disputada por sus dos hijos Cacama é Ixtlilxochitl. El primero fué sostenido por Montezuma: el segundo, el mas jóven de los príncipes, intrépido y aspirante, apelando á los sentimientos patrióticos de la nación, pudo persuadirla de que su hermano estaba muy decidido en favor de los mejicanos para poder ser fiel á su país. Se encendió la guerra civil, que terminó con un compromiso, segun el cual, Cacama habia de quedar con la mitad del reino, inclusa la capital, y la parte septentrional se dejaba á su ambicioso rival. Desde ese tiempo Ixtlilxochitl se convirtió en enemigo mortal de Montezuma (5).

Mas formidable todavia lo era la pequeña república de Tlascala situada entre el valle de Méjico y la costa. Habia mantenido su independencia por mas de dos siglos contra las fuerzas aliadas del imperio. Sus recursos no estaban disminuidos. Su civilización era poco inferior á la de los grandes estados

y cap. 1.—Torquemada, *Monarquía ind.*, lib. 3, cap. 73, 74 y 81.—Col. de Mendoza, pp. 14 y 85, ap. *Antiq. of Mexico*, vol. VI.

(5) Clavijero, *Stor. del Messico*, tom. I, pp. 267, 274 y 275.—Ixtlilxochitl, *Hist. chich.*, MS., cap. 70-76.—Acosta, lib. 7, cap. 21.

sus rivales, y por su valor y proezas militares se habian ganado un nombre, no inferior al de las otras naciones del Anáhuac.

Tal era la condición de la monarquía azteca á la llegada de Cortés. El pueblo disgustado por la arrogancia del soberano: las provincias y ciudades distantes oprimidas con las exacciones del fisco; mientras poderosos enemigos vecinos acechaban la hora en que podian asaltar con ventaja á su rival formidable. Con todo, el reino era todavia fuerte en sus recursos interiores, en la voluntad absoluta del monarca, en el inveterado hábito de deferir á su autoridad, en el terror de su nombre, en el valor de sus ejércitos encanecidos en el servicio activo y bien adiestrados en todos los sistemas militares de los indios. Habia llegado ya el tiempo en que la táctica imperfecta y las rudas armas de los bárbaros, habian de ser puestas en choque con la pericia y máquinas de guerra de las naciones mas civilizadas del globo.

Montezuma, durante los últimos años de su reinado, pocas veces habia tomado parte en las expediciones militares, que dejó á sus capitanes, ocupándose principalmente de las funciones sacerdotales. Bajo ningun otro príncipe habia disfrutado el sacerdocio mayores inmunidades y privilegios. Las festividades religiosas y los ritos se celebraban con una pompa que hasta entonces no habia tenido ejemplo. Eran consultados los oráculos aun para los asuntos mas triviales, y aplacábase á las sanguinarias deidades con hecatombes de víctimas humanas traídas en triunfo á la capital, de las provincias rebeldes ó de los países conquistados. La religión, ó para decir mejor, la superstición de Montezuma, fué la causa principal de sus desgracias.

En uno de los capítulos anteriores he referido las tradiciones populares respecto de Quetzalcoatl, aquella deidad de tez blanca y barba crecida, de fisonomía tan diversa de la india, que despues de cumplir su benévola misión entre los aztecas, se embarcó en el Atlántico para las misteriosas playas de Tlapallan (6). Prometió al partir que algun dia volveria con su posteridad y reasumiria la posesión de su imperio. Ese dia habia sido desde entonces esperado con ansia ó con temor segun los intereses del creyente; pero con general confianza por todos los extensos límites del Anáhuac. Aun despues de la conquista se conservó esta entre las razas indias, por quienes era aquel ansiosamente deseado, como la venida del rey Sebastian lo es todavia por el portugues, ó la del Mesías por los judíos (7).

Una opinión general parece haber prevalecido en tiempo de Montezuma, á saber: que el periodo señalado para la vuelta de la divinidad y el entero cumplimiento de su promesa, estaba muy próximo. Dicese que esta convicción se corroboró con varias circunstancias sobrenaturales, referidas mas ó menos cir-

(6) Lib. 1 de esta obra, cap. 3, p. 36, nota 6.

(7) Tezozomoc, *Crón. mejicana*, MS., cap. 107.—Ixtlilxochitl, *Hist. chich.*, MS., cap. 1.—Torquemada, *Monarquía ind.*, lib. 4, cap. 14, y lib. 6, cap. 24.—Codex Vaticanus, ap. *Antiq. of Mexico*, vol. VI.—Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 8, cap. 7.—Ibid., MS., lib. 12, cap. 3 y 4.

cunstanciadamente por todos los antiguos historiadores (8). En 1510 el gran lago de Tezcucó, sin haber sobrevenido tempestad, terremoto ú otra causa palpable, vióse agitar repentinamente, rebosar sus orillas é inundar las calles de Méjico, derribando muchos edificios la furia de las aguas. En 1511 se incendió una de las torres del gran templo, también sin causa alguna manifiesta, y se abrasó completamente, sin embargo de las tentativas que se hicieron para extinguir el fuego. En los años siguientes aparecieron tres cometas; y no mucho antes de la llegada de los españoles, una extraña luz se mostró en el Oriente. Su ancha base descansaba en el horizonte, y elevándose en forma piramidal, remataba en punta al acercarse al zenit. Era como una vasta sabana ó ráfaga de fuego que emitía chispas, ó en expresion de un antiguo escritor, „parecía profusamente sembrada de estrellas” (9). Al mismo tiempo se oyeron en el aire voces misteriosas y dolientes lamentos, como si anunciaran alguna extraña y terrible calamidad. El monarca azteca, aterrorizado con las apariciones celestes, tomó consejo de Nezahualpilli, que era muy consumado en la artificiosa ciencia de la astrología; y el sabio rey extendió una obscura nube sobre el espíritu de aquel, leyendo en estos prodigios la próxima caída del imperio (10).

Tales son las extraordinarias relaciones transmitidas por los historiadores, en las cuales no es imposible distinguir algunos vislumbres de verdad (11). Cerca de treinta años habian transcurrido desde el descubrimiento de las islas por Colon, y mas de veinte desde su visita al continente americano. Rumores mas ó menos distintos de esta asombrosa aparicion de los hombres blancos que llevaban en sus manos el trueno y los relámpagos, tan semejantes bajo muchos aspectos al dios Quetzalcoatl, segun las tradiciones que de él se conservaban, debieron naturalmente esparcirse con rapidez por todas las naciones indias. Y sin

(8) „Tenia por cierto,” dice Las Casas refiriéndose á Montezuma, „segun sus profetas ó agoreros le habian certificado, que su estado é riquezas y prosperidad habia de perecer dentro de pocos años por ciertas gentes que habian de venir en sus dias, que de su felicidad lo derrocase, y por esto vivia siempre con temor y en tristeza y sobresaltado.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.

(9) Camargo, Hist. de Tlascalá, MS.—El intérprete del Cod. Tel.—Rem. indica que este centellante fenómeno probablemente no era mas que la erupcion de uno de los grandes volcanes de Méjico. Antiq. of Mexico. vol. VI, p. 144.

(10) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 1.—Camargo, Hist. de Tlascalá, MS., Acosta, lib. 7, cap. 23.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 5.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 74.

(11) Omito el mas extraordinario de todos los milagros, aunque algunas pruebas legales de su verdad se enviaron á la corte de Roma, (Véase á Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 289,) á saber: la resurreccion de la hermana de Montezuma, Papantzin, verificada cuatro dias despues de haber sido sepultada, que vino á anunciar al monarca la próxima ruina de su imperio. Por lo menos da crédito á este milagro un escritor del siglo diez y nueve. Véase la nota del editor mejicano de Sahagun, Bustamante, Historia de Nueva-España, tom. 2, p. 270.

duda estos rumores, mucho tiempo antes del desembarco de los españoles en Méjico, llegaron hasta la gran mesa de las montañas, anticipando en la mente de sus habitantes la idea de la aproximacion del periodo en que la benéfica deidad habia de volver á recobrar su imperio.

En su imaginacion exaltada, los prodigios llegaron á ser sucesos familiares, ó mas bien acontecimientos no muy extraños en sí mismos, vistos por el opaco medio del temor, eran fácilmente convertidos en prodigios; y la casual extension del lago, la aparicion de un cometa, y la conflagracion de un edificio, fueron interpretados, como anuncios especiales del cielo (12). Así sucede siempre con aquellas grandes convulsiones políticas que conmueven los fundamentos de la sociedad, con aquellos acontecimientos extraordinarios que extienden sus sombras antes de llegar. Entonces es cuando la atmósfera está poblada de misteriosos y proféticos murmullos, con los cuales la naturaleza, así en el mundo moral como en el fisico, anuncia la marcha del huracan.

Cuando se llevó á la capital la noticia del desembarco de Grijalva, verificado el año anterior, el corazon de Montezuma se oprimió de desmayo. Sintió como si el destino que habia estado suspenso tanto tiempo sobre la descendencia real de Méjico, fuera á cumplirse, y el cetro hubiera de salir de su casa para siempre. Aunque algo consolado con la partida de los españoles, ordenó se pusiesen centinelas en las alturas; y cuando volvieron bajo el mando de Cortés, indudablemente recibió oportunas noticias de este desagradable suceso. Sin embargo, por sus órdenes les preparó el gobernador tan hospitalario recibimiento. La escritura geroglífica que representaba á estos huéspedes extraordinarios, llegando entonces á la capital, revivió todos sus temores. Convocó sin demora una junta de sus principales consejeros, incluso los reyes de Tezcucó y Tlacopan, y les expuso el objeto de su reunion (13).

Parece que hubo mucha division de opiniones en esta asamblea. Unos estaban por resistir desde luego á los extrangeros, con el engaño ó la fuerza: otros sostenian que si eran seres sobrenaturales, el fraude y la violencia serian igualmente en vano; y si como pretendian eran embajadores de un príncipe extrangero, tal política seria cobarde é injusta. Que no pertenecian á la familia de Quetzalcoatl, estaba probado con el hecho de que se habian mostrado hostiles á su religion, pues noticias de la conducta que habian observado los españoles

(12) Lucano da una bella enumeracion de tales prodigios, presenciados en la capital de Roma en una ocasion semejante. (Pharsalia, lib. 1, v. 523, et seq.) La pobre naturaleza humana es casi la misma en todas partes. Maquiavelo juzgó digno este objeto de un capítulo separado en sus discursos. Parece que el filósofo cree también la existencia de benéficas inteligencias que envian estos portentos como una suerte de preventivos, *premonitories*, para advertir á la especie humana de la tempestad que amenaza. Discorsi sopra Tito Livio, lib. 1, cap. 56.

(13) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Idem, Relaciones, MS.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 3 y 4.—Tezozomoc, Crónica mejicana, MS., cap. 108.